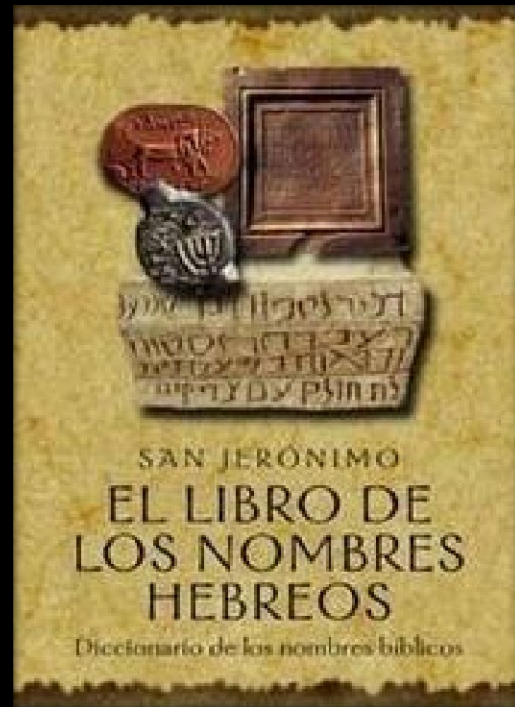


Del Nombre De Dios En Las Escrituras Sagradas

Los problemas emanados de las traducciones, responden en su mayoría al hecho que con la globalización y, antes, con la expansión de la cultura escrita, ha sido necesario transliterar y traducir diversos textos a otros idiomas distintos del original. La biblia es un texto importantísimo para muchas religiones y presenta las típicas problemáticas de las



traducciones. A pesar que la biblia en general presenta pocos pasajes de cuya traducción errada debamos preocuparnos, siempre ha sido tema de discusión el nombre propio de Dios.

Hay una corriente de pensamiento que resiste el uso del nombre “Jehová”, desconociendo el hecho histórico que señala que dicho nombre nace de la necesidad de nombrar a la divinidad. Es la pronunciación más conocida para designar a Dios El Padre, sin embargo, el nombre que le fue declarado a Moisés en el episodio de la zarza, no es este, allí se usó el consabido tetragrámaton cuya pronunciación se perdió a través del tiempo. No podemos argumentar que nombrar a



Dios como “Jehová” constituya una falta, dado que su origen es de conocimiento público al funcionar dos términos que estaban en directa relación con dirigirse a la divinidad, su origen etimológico no tiene ninguna relación con el paganismo.

Lingüísticamente, los idiomas en constante evolución son “productivos” esto quiere

decir que, ante la necesidad de nominar una realidad desconocida, se produce naturalmente la palabra necesaria para nominarla y, de esta forma, el idioma logra siempre el objetivo, como lengua viva, de ser el instrumento de comunicación para una comunidad hablante. En el caso de nombrar a Dios, los hablantes utilizaron y utilizan diversas fórmulas que tienen relación con Sus características, títulos, etc.: El Eterno, Dios omnipotente, El Señor, entre otras; sin embargo, al intentar nombrarlo con su nombre propio alguna vez revelado a la humanidad, no existía tal información y se consensuó este término “Jehová” una opción lingüística admisible en el momento histórico que reconoció esta mixtura entre “Adonay y el tetragrámaton” que, por ser una palabra nueva no tiene relación única con la esencia del tetragrámaton de revelar o las cualidades de Dios (El que

causa que llegue a ser), simplemente se utiliza para nombrarlo en las traducciones latinas, no tiene traducción como la gran mayoría de los nombres propios y tampoco podemos censurarlo dado que la comunidad mundial creyente no identifica este nombre con otra realidad



distinta que a la necesidad de nominar a Dios, que de otra manera es imposible puesto que la pronunciación real se perdió hace milenios.

Es indudable reconocer que en el afán de imponernos costumbres extrabíblicas judaizantes que satanizan el nombre “Jehová” asociándola a traducciones inadmisibles, sólo manifiestan la intención de polemizar y adscribirse a corrientes de pensamiento hebraísta, que no tienen relación con el momento histórico y circunstancias idiomáticas que permitieron la aparición de este vocablo.

La historia acerca de este vocablo es bastante clara. En algún momento previo a la destrucción del templo en el año 70 y no por mandato bíblico, surgió la costumbre humana de no utilizar el nombre de Dios, prueba de ello son los registros históricos en los que se indica que los sacerdotes en sus

actividades cotidianas evitaban nombrarlo y ya con la Mishná, una colección de enseñanzas y tradiciones rabínicas favorables a los fariseos (año I-III d.C.), se describen hechos y condenas para quienes usaran la pronunciación del nombre de Dios, lo que terminó por hacerlo desconocido aunque claramente no lo era hasta ese momento. Es reconocido el hecho que los lectores judíos empezaron a utilizar “Adonái” (Señor Soberano) o “Elohim” (Dios) para *evitar* leer el nombre de Dios en las Escrituras Hebreas y, la posterior inserción en el s. IV-V d.C. de los puntos vocálicos en el tetragrámaton, no fueron con el afán de crear un nuevo nombre, sino que quedaron registrados como advertencia para reemplazar en la lectura por Adonái o Elohim.

En el caso de las escrituras griegas se usó directamente Kyrios y Theos. En cuanto a qué es más pertinente “Jehová” o “Yahvé”, la verdad es que esta última es una pronunciación sugerida, tampoco corresponde fielmente a la pronunciación del término original, porque ya en este momento histórico se desconocía, tanto así que es parte de una lista de posibilidades: YEHWÁH – YEHWÍN – YEHOWÁH (códice de Leningrado B 19^a). Como vemos, en este documento aparece también la sugerencia de YEHOWÁH que fue posteriormente latinizado



a “Jehová”, nombre que se usa actualmente. Aquí se demuestra que históricamente no hubo unanimidad en la pronunciación por los eruditos. Además, está el hecho de la abreviatura Yah o Jah y la expresión HaleluYáh (alaben a Jah) términos con los cuales también se refieren a la divinidad. Estas apócopes son usadas



cotidianamente y aparecen en diferentes nombres masculinos para nombrar a hijos en esta cultura, ejemplo de ello es “Josué” (Jehová es mi salvación) y no hacen referencia al género femenino, en la onomástica hebrea no existe ninguna regla que determine que los nombres que terminan en “a” sean solo nombres femeninos, como han hecho correr esa información para desestimar la palabra “Jehová”.

Otro punto que hay que dejar en claro para que no nos equivoquemos, es que en las SS.EE. muchos de sus escritores se dirigen a Dios con títulos honoríficos y naturalmente en su propia lengua; y algunos los lectores de la biblia le dan un tratamiento de nombres propios para Dios, y ahí surgen las malas interpretaciones de las Escrituras Sagradas. Veamos algunos:



El= en hebreo significa Dios.

Olam, en hebreo, significa "eterno".

El Olam= En hebreo significa 'Dios eterno' o 'Dios de la eternidad'.

El Shalom= Dios de paz.

El Shaddai = Generalmente se traduce como "Dios Omnipotente"

El Elyon= a menudo traducido como "Dios Altísimo".

Para muchas personas quitar de su vocabulario los hebraísmos, debe ser por cierto difícil por sus costumbres de largos años, pero debemos acercarnos lo más posible a las enseñanzas de la Biblia. Las ediciones de la biblia no pueden ser otra cosa que la voluntad de Dios que la humanidad sin excepciones conozca la Verdad; pero estamos en el mundo y el mundo es dominio de Satanás, entonces a nadie debe extrañar estas cosas que de pronto pasan con su Palabra.

Cuando el profeta Amos declara que la sociedad correrá de Oriente a Occidente y de Norte a Sur buscando su palabra y no la hallará; sin lugar a dudas, tiene que ver con esto que ya está comenzando a pasar hace muchos años, pues habrá tantas versiones bíblicas y tan diferentes, cada cual que los que busquen a Dios y su palabra verdadera ya no la hallarán.

Existen evidencias bíblicas respecto a cómo dirigirnos a Dios, en el capítulo 6 de Mateo, Jesús nos enseña como orar y comienza diciendo:

Vosotros pues, oraréis así: **“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...”**

Luego también en los evangelios cuando de los momentos más críticos de nuestro Señor en los días de su Ministerio terrenal en la oración en el huerto de Getsemaní usó en

su trato con Dios el mismo vocativo y estando clavado en la cruz exclamó diciendo: **“¡Dios Mio, Dios Mio! ¿Por qué me has desamparado?”** La situación que se nos presenta ahora es entender porque debemos andar buscando fórmulas en otros idiomas, en otros grupos religiosos cuando las fórmulas para nombrar a nuestro Creador ya están en las mismas Escrituras.

